Antoine Paje

Las flores de tu silencio

Condenado al silencio,
Arnaud finalmente escuchará la vida

booket

Antoine Paje

Las flores de tu silencio

Traducción de Marta García García

Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar
con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Mes mots sont les fleurs de ton silence*

© 2017, Fleuve Éditions, département d'Univers Poche
© por la traducción, Marta García García, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Página 13: © *Seven Seconds*, 2000 Sony Music Entertainment (France) S. A., interpretada por Youssou N'Dour y Neneh Cherry.
Página 165: © *Sign 'O' The Times*, 1987 NPG Records, Inc. under exclusive to Warner Bros. Records Inc., interpretada por Prince.

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de © Stéphanie Roujol
Fotografía de la cubierta: © John Herbert Harrison / Trevillion Images - Plainpicture / Baertels - © Lauren Burke / Getty Images
Primera edición en Colección Booket: marzo de 2018

Depósito legal: B. 1.425-2018
ISBN: 978-84-08-18231-3
Composición: La Letra, S. L.
Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Ese miércoles de mediados de enero,
Cernay-la-Ville, Yvelines

Hélène Morin, cuarenta y cuatro años y una semana, se afanaba en la amplia cocina americana para preparar el desayuno, que desde hacía algunos meses se había vuelto un rompecabezas. Margot, su hija mayor, veinte años, vigilaba su silueta con el celo de un cancerbero. Para rematar su fobia a las calorías, había decidido seguir una dieta sin gluten y bebía té verde. Al principio Hélène se había preocupado: ¿sufría su hija dolores intestinales, migrañas u otros síntomas? Margot había replicado que practicaba una «exclusión alimentaria preventiva» para evitar que apareciera alguna posible sensibilidad. En resumen, en su caso un nuevo capricho. A mediodía, en la facultad, sólo se alimentaba de ensaladas con atún. Hélène le había propuesto hacerle bocadillos sin glu-

ten para que se los llevara. ¡De eso nada! ¡El pan, incluso sin trigo, sigue siendo calórico! En cuanto a su hijo, Hugo, que dentro de unos meses cumpliría diecinueve años, ya no comía carne y prefería las tortitas de cereales. Únicamente ecológicas. Arnaud, su marido, se enfurecía:

—¡Qué petardos llegáis a ser! Para qué hacer las cosas fáciles cuando se pueden complicar, ¿eh? ¿La próxima vez por qué os dará? ¿La entomofagia? Está de moda, ¿no?

Sus cáusticos comentarios eran recibidos en silencio por los chicos. Margot miraba hacia otro lado y se apresuraba con el pretexto de buscar algo en internet. Hugo exhibía su sonrisita despreciativa y bastante exasperante.

A Arnaud le agradaban los desayunos reconstituyentes: café, jamón, huevo pasado por agua o revuelto, queso, tostadas y mermelada.

¿Y Hélène? Bueno, ella se contentaba con lo que los demás no querían. Una costumbre tan arraigada que apenas era consciente de ello.

Puso la mesa instalada delante del amplio ventanal que daba al jardín. Un tímido sol apenas despuntaba. El día sería gris, tristón. Tenía que acordarse de llenar los comederos de los pájaros. La víspera había llovido durante todo el día y la noche había sido muy fría. La radio local, que escuchaba cada mañana, acababa de anunciar riesgo de nieve o de hielo, e instaba

a los conductores a la prudencia. Se dispuso a apagarla para ahorrarse el tradicional: «¿Podemos desayunar tranquilos?».

Su dedo índice se detuvo en el aire. Emitían *Seven Seconds*, escrita y cantada por Neneh Cherry y Youssou N'Dour, una de sus canciones preferidas. 1994. Se había enamorado de Arnaud al son de sus acordes, en un pequeño restaurante italiano de la parisina plaza de la Bastille, en septiembre.

… Seven seconds away, just as long as I stay, I'll be waiting…

Incluso recordaba lo que habían pedido aquella noche, en especial un tiramisú espolvoreado con cacao amargo. Sin duda él lo había olvidado. Pero bueno, los hombres no recuerdan los mismos detalles que las mujeres.

¿Y por qué? ¿Por qué lo evocábamos constantemente? ¿Porque era la verdad o porque así nos tranquilizábamos sin mucho esfuerzo sobre el hecho de que el otro olvidó lo que nos parecía fundamental?

Según lo que había leído un día, en italiano *tiramisù* significa «recógeme» en el sentido de «súbeme la moral» o «devuélveme las fuerzas». Mmm… apropiado.

Unos pasos pesados, todavía somnolientos. Arnaud bajaba las escaleras. Apagó la radio. La rutina decretaba que despertara a su marido antes de salir del dormitorio, a fin de dejarle tiempo para que se

desperezara y se cepillara los dientes. Arnaud no podía pensar en nada antes de ese ritual. Se duchaba después del desayuno y se cepillaba de nuevo los dientes.

Siguió la lista de preguntas habituales, que no esperaban más respuesta que una confirmación:

—¿Qué-tal-has-dormido-bien-está-listo-bajan-los-chicos?

Hélène no tenía nada de rebelde y en ocasiones lo lamentaba. En fin, sobre todo desde hacía algún tiempo. Sí, desde hacía algún tiempo, con frecuencia sentía no tener la fibra necesaria para responder: «¡No, he dormido mal, nada está listo y los chicos prefieren comer fuera!».

La fibra necesaria, ya que no se trataba de falta de coraje sino de combatividad. Nunca había sido rebelde, desobediente, indisciplinada. Sin duda porque no se había encontrado con situaciones ni recibido órdenes a las que oponerse. Había crecido en un ambiente de escucha, de diálogo y de amor entre dos padres, ambos profesores, y un hermano mayor para quien la vida sólo se prestaba a la alegría, a las carcajadas y a las pequeñas bromas. Esta docilidad justificaba en gran parte, según ella, el hecho de que Liliane Morin hubiese tolerado sin refunfuñar demasiado que se casara con su hijo. Liliane velaba sobre su único vástago como una tigresa —sobre todo tras la muerte de su marido—, como si Arnaud aún fuera

un niño pequeño, olvidando que tenía… cuarenta y ocho años. Hélène lo escrutó. Un hombre apuesto, alto, cachas, aunque le vendría bien perder algunos kilos. A Hélène le parecía elegante el contraste de sus sienes entrecanas con su cabello muy moreno.

—Sí, muy bien. ¿Y tú?

—Dolor de cabeza. Me siento un poco pachucho. Con dos aspirinas se me pasará —masculló su marido.

—¿Quieres que vaya a buscarlas?

—No, estoy bien.

Hugo se instaló en su sitio y dijo:

—Buenas. Tengo un poco de prisa, mamá.

—Si repasases por la noche en lugar de pasarte el tiempo en internet, eso no pasaría —comentó su padre—. Tu hermana, que ni siquiera tiene dos años más que tú, ya está en tercer curso de Administración y Dirección de Empresas. Y tú sigues vagueando en el instituto…

—Ya… y si mis resultados no hubiesen sido tan catastróficos, no habríais tenido que matricularme en un insti privado y blablablá. Lo sé.

Hélène lanzó una mirada de advertencia a su hijo. La escena se reproducía casi todas las mañanas, y Arnaud nunca daba su brazo a torcer. Hugo tampoco, de hecho.

—En efecto, y estás avisado: es el último año. Eres mayor de edad, así que asumes tus responsabilidades.

¿No quieres pegar ni golpe? Perfecto, tú decides. Si una gloriosa carrera como operario te conviene, ¿por qué no?

—¡Ah, sí, claro! Es mucho más glorioso fabricar cajas de cartón que ordenarlas.

El pullazo surtió efecto y Hélène vio cómo se oscurecía la mirada de Arnaud.

Arnaud era el jefe y el propietario de una floreciente empresa de cartonaje.

—Sí, y tuve que remangarme y sudar la camiseta. Por ese lado, no corres ningún peligro. Mis genes no te tocaron en el sorteo.

Concentrado en su deseo de tener la última palabra, Arnaud no se dio cuenta de hasta qué punto su comentario era desagradable para su esposa. Hugo no lo dejó pasar:

—¿Lo oyes, mamá? No sólo eres estúpida, sino además incapaz y vaga.

Arnaud rugió:

—Un consejo: ¡no te pases de la raya!

Afortunadamente, Margot entró en ese momento y soltó:

—Ah, ya estamos otra vez. ¿Podríamos desayunar en paz, si no es pedir demasiado? Buenos días, mamá, buenos días, papá. ¡Oh, qué asco de tiempo!

Padre e hijo se sumieron en un mutismo reprobador pero bienvenido. Margot hablaba con su madre —banalidades intrascendentes— para llenar la con-

versación sin provocar una nueva chispa. Hélène respondía, con una sonrisa clavada en los labios, mientras se preguntaba qué sentía realmente su hija. Captaba muy bien la personalidad de Hugo, pero no así la de Margot. La joven había convertido la estrategia de evitación en arte con mayúsculas, sobre todo desde que iba a la universidad, mientras que Hugo buscaba el enfrentamiento, aunque tuviera que crearlo de la nada. La evitación es casi siempre un escudo contra la angustia. O si no una palabra erudita para calificar lo que de hecho no es más que indiferencia. ¿Cuál era la postura de Margot? ¿Qué había detrás de esa fachada civilizada y tan lisa que todo parecía resbalar sobre ella? Hugo se había enfrascado en la contemplación de su nuevo iPhone 6s. Regalo paterno para Navidad, el mismo para los dos hijos, encargado por Sabine, la secretaria de Arnaud. Hélène había recibido el sempiterno perfume, un bonito libro dedicado a las antiguas recetas tradicionales de Francia, las novelas clasificadas entre los superventas del momento, sin olvidar los volúmenes VI y VII de Balzac de la colección de la Pléiade,[1] ediciones que coleccionaba. Había cambiado el VI, que ya había tenido en la anterior Navidad. Tal vez la secretaria había perdido la lista.

1. Prestigiosa colección de obras clásicas editada por la editorial francesa Gallimard.

Hélène habría podido escribir la continuación del diálogo padre-hijo. No se equivocaba.

—Otro estúpido juego —soltó Arnaud.

—Sí, ¡no hay nada mejor! ¡Una pasada!

—¿Es el estúpido pollo o el mocoso para gente con una edad mental de doce años?

—*El tratado del inútil combate.*[2]

—Ya veo. La apología de tipos que se permiten cualquier jugarreta y nunca los pillan.

—Exactamente.

Hélène interceptó la sonrisa irónica de la hermana a su hermano. La incultura de Arnaud a veces lastimaba a Hélène, sobre todo porque la reivindicaba como una virtud capaz de demostrar que él era un hombre de acción, no un esnob que se pasaba el tiempo leyendo o visitando exposiciones. Ella, por ejemplo. ¿Se lo creía él mismo o era una forma de negar una debilidad, una incapacidad? Margot había terminado, de nuevo, su desayuno en un tiempo récord y se levantó declarando:

—Bueno, me largo. Hasta esta noche.

—Ten cuidado, cariño, la carretera podría estar resbaladiza.

—Sabes que sólo voy a coger el tren a Rambouil-

2. Marguerite Yourcenar, *Alexis o el tratado del inútil combate*, Alfaguara, 2014, traducción de Emma Calatayud.

let. Después hasta Versalles es tranquilo, luego el bus y aterrizo en el ISM.[3]

—Aun así, sé prudente.

—Mamá… —protestó la joven con tono divertido.

De inmediato, Hugo imitó a su hermana y preguntó:

—¿Me llevas al instituto? Así no tengo que coger el bus.

—Sí, pero espabila.

Cuando se fueron los chicos, Arnaud se terminó el café con aire taciturno. Su mujer buscó cómo romper el silencio casi incómodo, sin lograr encontrar ninguna conversación anodina. Entretanto, ¿qué temas abordar? ¿La poda de algunos álamos, la próxima plantación de hortensias blancas, pintar de nuevo la cocina? De todas formas, encontraría algo que objetar: los álamos no eran tan amenazadores, prefería las hortensias malvas o las camelias, la pintura ya había sido rehecha tres años antes. Se quedó callada. Fue Arnaud quien rompió el silencio:

—¿No tenías cita en el dentista?

—El flebólogo, y pensaba acercarme a Carrefour después. Sin embargo… voy a cancelarlo. Anuncian

3. Institut supérieur de management (Instituto Superior de Administración y Dirección de Empresas), Versalles-Saint-Quentin.

posibles nevadas o hielo en la carretera y la noche ha sido glacial.

La contempló con aire sorprendido, un poco desdeñoso, y repuso:

—Pero Hélène… ¿con el BMW, con neumáticos de nieve nuevos? Dado que en general circulas a veinte kilómetros por hora por debajo del límite, no derraparás.

—No me siento cómoda con un tiempo así. No me apetece estresarme.

Su marido dejó escapar un suspiro de irritación.

—Margot ha tomado esa misma carretera. Estamos a doce kilómetros de Rambouillet —insistió.

—Precisamente, me preocupo por ella. Tiene que atravesar un buen trecho del bosque público, y con los árboles no se deshiela tan rápido.

Arnaud asintió con la cabeza y masculló:

—¡Chiquilladas! ¿Queda café?

—No, pero puedo hacer más.

—No te molestes. Beberé un zumo en el despacho. ¡Mierda, qué dolor de cabeza! Creo que tengo fiebre.

—Te aconsejé que pidieras cita en el médico.

—¿Por una gastritis sin importancia? Me daré una ducha rápida. Eso me espabilará un poco.

Una vez sola, Hélène Morin recogió la mesa, aclaró los platos y los colocó en el lavavajillas. Dudó: las

cestas sólo estaban medio llenas. ¿Qué más daba? Seleccionó el programa de lavado. Subió al primer piso, hizo la cama y entró en el cuarto de baño. Como de costumbre, Arnaud lo había dejado patas arriba. Recogió la toalla húmeda, los calcetines y la ropa interior tirados por ahí y los metió en la cesta de la ropa sucia de mimbre. Cambió de opinión y los recuperó para echarlos formando una bola al suelo de baldosas azul marino y blanco. Pondría la lavadora. Qué se le iba a hacer si la máquina giraba con unos pocos calzoncillos y camisetas. Al menos todo estaría limpio. Cerró la puerta espejo del armario alto y limpió el lavabo, sembrado de fragmentos de pelos de barba y de rastros de dentífrico. Después abrió el mueble situado debajo del lavamanos y sacó de él metódicamente las cajas de somníferos, de analgésicos, de relajantes musculares y de antihistamínicos. Apartó los paquetes de compresas y de tampones detrás de los cuales había escondido el antidepresivo que le había prescrito su médico hacía algunos meses, y que se resistía a tomar. ¿Se había equivocado? Tal vez los pequeños comprimidos blancos habrían aliviado la grisura de su vida. Demasiado tarde para lamentarlo. Volvió a bajar a la cocina con su cargamento y se sirvió un vaso de whisky. Hasta el borde.

Había alineado las píldoras extraídas de los blísteres y se había tragado tres cuando una idea le vino a la cabeza. Caray: ¡los pájaros! Debían de estar ham-

brientos. Cogió el cubo de semillas situado debajo del fregadero y salió. Tiritaba en su bata demasiado ligera.

Grandes copos de nieve empezaron a caer. Parecían presurosos de aterrizar en el césped, de conquistar con su blanco luminoso la hierba reseca, un poco amarillenta. Levantó la cabeza, contempló el jardín y la casa. Un hermoso y sólido caserón, con un enlucido rosa suave y postigos blancos. La habían comprado cuando Margot tenía un año, cuando la vida todavía era luminosa, amorosa, cargada de promesas. Las promesas se habían deshilachado, el amor también. El tedio y la desilusión habían conquistado el terreno.

Ojalá Margot y Hugo no tuviesen ningún accidente y llegasen sanos y salvos a buen puerto. Ni siquiera ellos lograban ya retenerla. Hacía mucho tiempo que ya no la necesitaban, excepto para preparar las comidas. Se había convertido en un mueble confortable, de esos que uno ni siquiera ve. ¡Qué desastre, qué desperdicio! Era el mueble gastado, estropeado, de toda la familia. Espantosa constatación.

Hélène sonrió parpadeando. Unos copos vinieron a morir sobre su rostro, dejando minúsculos rastros líquidos, ínfimas lágrimas. Siempre le había gustado la nieve, el apacible silencio que emanaba de ella, como si desease que se la escuchase además de admirarla, modelarla, jugar con ella.

Lástima, ya no la disfrutaría.